

GOTELÉ DESCARNADO

El pasado miércoles llevé mi coche a lavar. Tiene para una hora, me dijeron, y decidí darme un paseo por los alrededores. Muy cerca de allí estaba el instituto público donde yo había estudiado el BUP (Hace más de veinte años), y decidí provocar a la nostalgia. Cuando llegué al patio tuve que abrirme paso entre miles de imágenes que mi memoria iba colocando en el exterior: las paredes de blanco reluciente, una enorme dehesa que hacía de infinito más allá de la zona deportiva, los profesores paseando de dos en dos, con barbas, parkas, gafitas redondas y ojos soñadores. Aquel instituto había tenido fama de duro, de un poco rojete, pero exigente, pulcro. Me había pillado la época de la sustitución de las clases obligatorias de religión por las de ética, y me vino a la memoria un profesor que nos había dicho que la convivencia sólo sería posible si se aprendía a dudar con mesura. También me vino a la memoria mi profesora de Literatura, una tal Gloria, que sudaba de estupor ante mis insultantes faltas de ortografía, y que hablaba de Lorca como si fuera un hijo suyo al que hubieran asesinado.

Aquel miércoles aquellos soñadores eran sólo fantasmas, y me pareció verlos deambulando sobre los desperdicios que se arremolinaban en el suelo, y que llegaban a formar un inmóvil oleaje que golpeaba las desesperadas costras de gotelé donde se agarraban ahora cientos de grafitis. Abrí una puerta y entré: pasillos despintados, oscuridad, olor a desolación. Salí rápido antes de que la nostalgia pateara mi garganta y no vi la dehesa que había hecho de infinito en nuestros recreos. Había sido devorada por decenas de chalets adosados que tenían un brillo como de babas de caracol, y me pareció ver en ese espejo líquido el reflejo de muchos sueños rotos.

Mientras paseaba de vuelta hacia mi coche no quise caer en las trampas de la memoria. Sabía que nuestra mente maquilla el pasado para mantenernos enamorados de la vida. Pero ya por la noche, releí unas notas que había sacado de un discurso del Presidente Aznar, y leí algo tan hermoso como esto: “No hay mayor injusticia en una sociedad del conocimiento que una educación deficiente.” Señor Presidente: Tengo la sensación de que la enseñanza pública está hoy peor que hace veinte años. Me gustó su frase, francamente. Sería maravilloso que saltase desde universo lingüístico-político al fáctico.